EL TEATRO
MODERNO

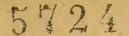
50 CTS

17

DIEGO SAN JOSE

La ilustre fregona





EL TEATRO MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Diego San José

LA ILUSTRE FREGONA

Comedia en un prólogo y tres jornadas, escrita en verso sobre la inmortal novela de Cervantes del mismo título

Estrenada en el Teatro Español, de Madrid, el 19 de enero de 1923



PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 18-VIII-1928 NÚM. 156

PERSONAJES

CONSTANZA.
LEONARDA.
LA ARGÜELLO.
LA CARIGORDA.
AVENDAÑO.
CARRIAZO.
EL SEVILLANO.
DON JUAN DE AVENDAÑO.
DON DIEGO DE CARRIAZO.
DON PEDRITO.
EL CORREGIDOR DE TOLEDO.
TOROTE.
BARRABAS.
UN MOZO.
UN ALGUACIL.
MOZO 1.º
MOZO 2.º

Mozos y mozas del mesón, chicos y gente del pueblo.
La acción en Toledo en 1613.

LOA

(A telón corrido sale Constanza, vestida de labradora, según la describe Cervantes.)

CONS. Señor, Miguel de Cervantes,
soldado a un tiempo y poeta,
que así dió honor a las Armas
como esplendor a las Letras,
me infundió vida inmortal
en una de sus "Novelas
ejemplares"; doce hermanas
somos de gentil belleza,
y dicen cuantos se engríen
de conocer tal docena,
que entre todas doce, yo
soy una de las más bellas.
No piensen que yo me alabe,
me alaban sólo mis prendas,
y por honrar a mi padre
no es vanidad que lo crea.
Al cabo de los tres siglos,
quien tiene devoción ciega
por mi padre y mis hermanos
tráeme a ti porque me veas
y mirándome te acuerdes
del tiempo en que nuestras Letras
reflejaban su oro puro
sobre la faz de la tierra,
y más brillaba el ingenio
vertido sobre la imprenta
que el sol cuando en nuestros ríos
por agosto se refleja.
Este ropaje, señor,
que hanme puesto de comedia,
es humilde, pero es limpio;
no tiene randas ni sedas

ni le valen por adornos
joyas de rica apariencia;
quien ahora me trae es limpio
de ingenio y de faltriquera,
y así no hay más que pedirle
de lo que pueden sus fuerzas.
Hanme vestido de verso,
porque la prosa soberbia
con que nací, no hay hogaño
quien la tome de su cuenta
y sobre ello, es muy solemne
para traída a la escena,
pero el alma de mi ser
yo te fío que es la mesma.
¿Quién, por más que bata el oro,
le quitará su pureza...?
Si por acaso, señor,
en mi traza de comedia
no acertara a recrearte
en la agradable manera
que yo sé que acerté a hacerlo
con mis galas de novela,
perdón, confuso, te pide
por mí el humilde poeta,
que si el triunfo fuese escaso,
la intención es harto buena,
ya que es un culto al insigne
Príncipe de nuestras Letras,
que si es cierto que en Lepanto
mancó de la mano izquierda,
con dar vida a "Don Quijote"
inmortalizó la diestra...
Y, ahora, señor, ¡Dios te guarde!,
que va empezar la comedia.

PROLOGO

Una arboleda a la entrada de Illescas.

(Al levantarse el telón, Avendaño y Carriazo están terminando de comer, sentados sobre el césped.)

AVEN. ¿A que no sabéis, amigo,
qué se me acude a las mientes
y a la risa?: el mayordomo.
Cuando haya visto el billete
en que le damos agures...
Decidle, porque me huelgue,
que tenéis muy buen ingenio
para emborronar papeles.

CARRI. *(Finge que se cala unas gafas, y luego de hacer algunos gestos, que parecerán como imitados del mayordomo en cuestión, al leer el escrito, dice con tono enfático de hombre grave:)* "Vuesa merced será servido, señor Pedro Alonso, de tener paciencia y dar la vuelta a Burgos, donde dirá a nuestros padres, que habiendo nosotros, sus hijos, con mucha consideración considerado cuán más propias son de los caballeros las Armas que las Letras, habemos determinado trocar a Salamanca por Bruselas y a España por Flandes. Los cuatrocientos escudos llevamos; las mulas pensamos vender; nuestra hidalga intención y el largo camino son bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgara por tal, si no es cobarde. Nuestra partida será ahora; la vuelta será cuando Dios fuese servido, el cual guarde a vuesa merced como pueda y estos sus menores discípulos deseamos.—De la Fuente Argales, puesto ya el pie en

el estribo para caminar a Flandes, Carriazo y Avendaño." (*Dejando de leer.*)
¡Linda, por cierto, es la carta!

AVEN. Algo vos apuesto a que ése
no toma la vuelta a Burgos,
y no vale para andar
buscando quien le quisiere.

CARRI. Quien a la fuente de Argales
y a Valladolid le miente
ya habrá de hacerlo de lejos.

AVEN. Y acaso que no tolere
platos grandes en la mesa,
no más de porque son fuentes.

CARRI. Ya hemos hecho por la vida.

AVEN. Y ya harán por nuestra muerte.
¿Algo quedó en el botillo?

CARRI. Ni el sitio, porque este Yepes
éntrase tan sin sentir
que se pegan las paredes
del cuero.

AVEN. Toda esta tierra
cría vinos excelentes.

CARRI. Ya verás la Andalucía.

AVEN. Me pintasteis de tal suerte
aquel espléndido reino,
que estoy muriendo por verle.

CARRI. Muy bien os puedo jurar
que no hay tierra que le llegue,
mas si os veis en el charco
de los atunes, ya pueden
ofreceros los tesoros
de un tetrarca, los placeres
de Mahoma... ¡No hay tal vida
como aquélla!

AVEN. Ya me hierve
la sangre por conocerla.

CARRI. Y, ¡a fe!, que bien lo merece,
que tan gentil libertad
no hay en el mundo.

AVEN. Mas pese
a todos vuestros encomios,

por la almadraba, me escuece
un escrúpulo.

CARRI. Decidle.

AVEN. Y es, si vida tan alegre,
tan liberal y gustosa,
por mal reverso no tiene
—el Señor no lo consienta—
la enemiga de las gentes
de justicia, y a muy poco
que uno se deslice no eche
las manos en algún remo
y los pies en dos grilletes.

CARRI. Si he de deciros verdad,
todo juego tiene pierde;
mas si os dan buenas cartas
y sabéis jugar, ¿quién puede
dudar, amigo, que habéis
de vuestra parte la suerte?
Quiero deciros, que siendo
bribón honesto y decente,
que es no andarse a la camorra
cada día, como suele
la "gallofa", no "murciando",
que es robar, en el docente
léxico de aquella escuela...

AVEN. ¡Bravas aulas!

CARRI. Muy bien puédese
triunfar en las almadrabas
como un cristiano entre infieles.

AVEN. Y vos que fuisteis a ellas
con éstas más de tres veces,
¿nunca tuvisteis motivos
de queja?

CARRI. ¿Pues estuviese
si algún pesar me acuciara
suspirando por volverme?,
que el tiempo que he estado en Burgos
a cama limpia y manteles
puestos, no le cargo en cuenta
en la hoja de mis haberes.
Sabed que, por puro gusto,

siendo de noble ascendiente
como vos, amigo mío,
aprobé todas las leyes
de la briva y la gandaya,
no me juzgué maestre
hasta no estudiar dos cursos
en las insignes y alegres
almadrabas de Zahara (1),
que son el Finibusterre
de la picaresca escuela
que su ciencia al mundo extiende.

AVEN. Tan sólo os falta ser pícaro
en corte.

CARRI. ¡Blasfemo, tente!
El ser pícaro en la Corte
es ser gallofero enclenque,
pobrecito que no sabe
en picardías do tiene
siquiera la mano diestra.
¡No me nombres esa gente!
¡Téngase la grey hampona!
¡Téngase mal que le pese!
Los bigardos de cocina
de su miseria avergüéncense,
y aquellos cicateruelos
que en Zocodover se tienden,
encójanse de corridos,
encójanse y no molesten.
Amainen todos los bríos,
bajen el toldo; no debe
ninguno llamarse pícaro
sin que al instante no muestre
aprobados dos cursillos
y mejor tres si pudiere
en las doctas almadrabas.
Allí está y estará siempre
el trabajo apareado
con la venganza solemne.

(1) Pronúnciese Zajara.

No hay vida como esta vida,
y si acaso se me hiciese,
allí enviaran los padres
sus hijos a que aprendiesen
a caminar por el mundo
con ojo listo y pie fuerte.

AVEN. Cada elogio que habéis hecho
es huracán que me impele
al charco de los atunes.

CARRI. Si aun tendréis que agradecerme,
y os fío desde ahora mesmo,
que si la gustáis dos veces,
no hais de querer otra vida.
La sola contra que tiene,
que algún corsario argelino
os eche el guante y os lleve
a los zocos de Turquía,
pero de esto no vos pese...
que ya hay sus vigías puestos,
que avisan si no se duermen,
pues también, Tomás amigo,
ocurrió más de dos veces
que vigías y guardados
en España amaneciesen
y vieron ponerse el sol
entre la morisca gente.

AVEN. Mas, si tan bien os ha ido,
¿a qué, amigo, fué el volverse?

CARRI. Si uno no es un descastado
la familia tira siempre
y se añora, que no en balde
hidalgas cunas nos mecen,
pero apenas satisfecha
la ley de la sangre, vuélvense
alma y cuerpo a la querencia
de los atunes.

AVEN. ¡Buen peje
paréceme que estáis hecho!

CARRI. Callad, callad, que tal pueden
soplar los vientos que un día
me déis liciones.

AVEN. A veces
en donde menos se piensa
dicen que salta la liebre.

CARRI. ¿Sabéis, amigo, una cosa?

AVEN. La sabré si la dijeseis.

CARRI. Que con el gusto logrado
de comer frailunamente,
quieren los ojos cerrarse
y el cuerpo se lo agradece.

AVEN. Así es la verdad, hermano.

CARRI. Pues, entonces, si os parece,
ya que no nos cuesta más
que tendernos sobre el césped,
durmamos un par de horas.

AVEN. Que descanséis.

CARRI. Igualmente.

(Tiéndense los dos en el suelo, y en seguida salen los mozos 1.° *y* 2.°)

MOZ. 1.° ¿De manera que aquí será
fuerza que nos separemos?

MOZ. 2.° Si no fueran tan delante
mis amos no hubiera miedo
de detenerme otro tanto,
mas me llevan día y medio
de ventaja... Quedo loco
con lo que me dices, Pedro,
de que el conde mandó ahorcar
(mal lobo le coma) a aquellos
pobretes.

MOZ. 1.° Sí, les cogió
tan encima del entuerto,
que no lograron probar
la coartada. Murieron
sin apelación porque eran
soldados bajo su fuero.

MOZ. 2.° Es un Belcebú ese conde
de Puñonrostro.

MOZ. 1.° Los dedos
de su puño hasta los hígados
nos mete el vil.

MOZ. 2.° Y no es eso

lo peor, sino que llega
a apretarnos los pescuezos.

MOZ. 1.° Ya que llevas la jornada
directa para Toledo,
no dejes de ver la joya
de más rumbo y de más mérito
que hay en toda la ciudad.

MOZ. 2.° ¿En dónde está? ¡Vive el Cielo!
¿Alguna custodia nueva?

MOZ. 1.° No es de iglesia el monumento.

MOZ. 2.° ¿Algún palacio moruno?
¿Es la invención de Juanelo?

MOZ. 1.° ¡Mal vales para adivino!

MOZ. 2.° ¿Es, acaso, un mesón bueno?

MOZ. 1.° En la ciudad no hay tal joya,
aunque por ese sendero
no vas muy descaminado,
pues es cosa de mesón.

MOZ. 2.° ¡Quedo!
¿Algún huésped concienzudo...?

MOZ. 1.° Tampoco tales portentos
se han visto en tierras de España.

MOZ. 2.° ¿Una moza?

MOZ. 1. Ya más cierto
caminas.

MOZ. 2.° ¿Lozana, fresca?

MOZ. 1.° Hermosa como el sol mesmo.
Vé al mesón de "El Sevillano"
cuando vayas a Toledo.

MOZ. 2.° Pues, ¿qué hay en él?

MOZ. 1.° Esa moza,
que, ¡por Dios, que es de lo bueno!

MOZ. 2.° ¡Bah, bah! No será tanto
como Marina, el portento
de la venta de Tejada,
que es de fregonas ejemplo.

MOZ. 1.° Esa es asco si la pones
a la par de este lucero...
Mira si será una perla,
que trae a su retortero,
no roñas como nosotros,

sino insignes caballeros
de prestigio, y dice uno
de mis amos, que en haciendo
lo que ha de hacer en Sevilla,
se volverá por deseo
de ver de cerca esa alhaja,
y aunque se pierda por ello,
se ha de pasar día a día
cuatro meses en Toledo.

AVEN. (*A Carriazo.*)
Don Diego amigo, ¿no oís?

CARRI. Ya había cogido el sueño
y me lo habéis espantado.
¿Qué he de oír?

AVEN. El sahumerio
más oliente que se ha dado
a una moza.

CARRI. ¡Buen provecho
os haga, que a mí a las horas
en que me doy al sosiego,
más me placen los ronquidos
que los encantos de Venus!

MOZ. 1.° Dura es ella como un bronce,
zahareña y hosca lo mesmo
que una moza de Sayago,
mas tiene un rostro tan bello,
que una mejilla es el sol
y la otra la luna de enero.
En fin, no te digo más
si no que la veas presto,
que al hablarte de ella es como
describirle el sol a un ciego.

MOZ. 2.° Pues veré tal maravilla
en cuanto llegue a Toledo.

MOZ. 1.° Lo mejor de la ciudad
bebe por ella los vientos.
No hablemos más en la moza,
porque me pongo colérico
de ver como allá se queda,
siendo poco más o menos
como vihuela en mesón

que tañe todo viajero.
Conque, adiós y buena suerte.
Que Dios te guarde.

MOZ. 2.° Agur, Pedro.

(*Vanse los mozos.*)

AVEN. Maravillado quedo
de aquese gran portento toledano;
si vamos a Toledo,
vayamos al mesón de "El Sevillano".

CARRI. Qué, ¿por mala ventura
sufrís la comezón de esa hermosura
insípida y fregona
que aquel mozo pregona?
Librad el alma brava
de amorosos cuidados,
que son grillos pesados
para andar con soltura en la almadraba.

AVEN. Por admirar y ver, ¿qué se ha perdido?
¿Habrá en el mundo cosa
más digna de admirar y deleitosa
que el empaque garrido
y el rostro sin afeite y bien pulido
de una mujer hermosa?

CARRI. Mas, ¿y si por acaso
brilla el sol de manera
que os detiene el paso
y vos causa ceguera?
Creedme, amigo mío, como a hermano,
en esto andad despacio, no tan ledo;
vayamos a Toledo,
pero nunca al mesón de "El Sevillano".

AVEN. Si es fuerza hacer posada,
¿que más puede importaros
que sea en ésta o en esotra la parada,
si en cualquiera que sea han de cobraros
y en todas estaréis mal atendido,
con muy poco descanso y mucho ruido,
y en todas, siendo noche, habrá su tuna,
pero limpieza y claridad, ninguna?...

CARRI. Aquellos majagranzas
nos trae esta quimera.

¡Ay, que mucho será, Dios no lo quiera,
que aquestas cañas se nos tornen lanzas!
AVEN. ¡Dejad el tono de sermón, hermano,
y andemos al mesón de "El Sevillano"!

TELON

JORNADA PRIMERA

El patio del mesón de "El Sevillano".

(Al levantarse el telón, entra Carriazo, llevando cuatro cántaros en un burro. En seguida sale también La Argüello, que le va ayudando a colocar las vasijas en unas cantareras de palo.)

ARGUE. ¡Dios os guarde!
CARRI. Con El venga.
ARGUE. Ya no haréis más viajes hoy,
pues habéis esos barreños
hechos un lago.
CARRI. Ya no,
que estoy porteando agua
desde que amanece Dios
hasta que cierra la noche.
ARGUE. El mozo que se marchó
en verdad que era muy lince
en su oficio de aguador,
mas, sin hacerle de menos,
le dais quince y raya vos.
CARRI. ¿En qué?
ARGUE. En que sois más galán.
Todo se sabe, señor...
CARRI. Pues, ¿qué se sabe de mí?
ARGUE. Que lleváis la obligación
muy a la par con el gusto,
y aun camino del amor
si es posible.

CARRI. No os entiendo.
ARGUE. Pues no parlo en griego yo.
Cuando vais por agua al río
no echéis por el callejón
éste que da a la ribera
todo derecho, si no
subís por "Zocodover",
dais en la calle Mayor,
y entrándovos por la Plata
no dejáis, ¡válgame Dios!,
sin mirar de arriba abajo
dama de reja y balcón.
CARRI. ¿No son joyas de Toledo?
ARGUE. Si no es que me espante yo,
pues sois mozo y que os gusten
las mozas está en razón;
pero es, hijo, que quisiera
que no vos ciegue el fulgor
de alguna alhaja de vidrio.
CARRI. Y ¿qué me aconsejáis vos?
ARGUE. Que ya que en gratos amores
empleáis el corazón,
no lo corrompáis con mozas
sin experiencia.
CARRI. ¡Qué horror...!
ARGUE. Damas hay, y muy honradas,
que dan más satisfacción
que mozuelas de quince años
en las contiendas de amor.
CARRI. Ello es fuerza; la experiencia...
ARGUE. No fué lerdo el que advirtió
que hace la gallina vieja
el caldo con más sabor.
De alguien podría deciros,
sin salir de este mesón...
CARRI. Escuchad; al otro mozo,
a quien reemplazara yo,
¿dabáisle tales consejos?
ARGUE. Aquél era un zagalón
que no había más de fuerzas...
Una tarde me cogió

así... Tomadme vos para
que me lo entendáis mejor.

CARRI. (*Rechazándola bruscamente y yéndose.*)
¡Andad que os coja el Diablo!
¿o es que ahora el amo mandó
que traiga el agua en corambres?

ARGUE. Miren el bobalicón...
Lo que es si la casta de hombres
tuviera su fin en vos,
bien con palma me enterraran.
Diéronle, por compasión,
una chanza, y que era veras
el bonico se pensó.
(*Sale el Sevillano.*)

SEVI. ¡Argüello de los demonios...!
Si no vos dejara Dios
muda... ¿Qué ocurre agora?

ARGUE. Pues, ¿qué ha de ocurrir, señor?
Estos mozos que tomáis,
sin saber ni quiénes son,
dónde van ni dónde vienen,
que creen...

SEVI Me espantara yo
de que en habiendo calzones
no vinierais a estar vos
como gata por enero.

CARRI. Cuando usarced me tomó
para acarrearle el agua
del río, no me advirtió
que el sufrir a esta tarasca
entraba en mi obligación,
que a saberlo me quedara,
como ahora es día con sol.

ARGUE. ¡Ay pobriño! ¿Quién te engaña?

SEVI. Pues ella, ¿en qué os ofendió?

CARRI. En ser mi sombra constante
y mi desesperación.

ARGUE. En que no hace cosa a diestras.
Ved ahora cómo dejó
todo encharcado este patio,
vuelva los ojos, señor.

Voy tras él por enmendarle,
dígame si no es razón...

SEVI. Tras de vos, ¡bruja del Diablo!,
curad que no vaya yo
con una tranca y vos muela.
¡Que no ha de parar por vos
un mozo como es debido...!
Tenía a aquel buen Antón,
que para dar la cebada
era un sabio, y se marchó
por vuestras bellaquerías.
Pues, y ¿aquel otro aguador
a quien éste reemplazara,
¿por quién, decid, me dejó
si no ha sido por vosotras?

ARGUE. ¡Santo Cristo del Perdón!
¿No escuchas qué boca de hombre?
¡No se lo toméis, Señor,
en cuenta! La culpa tiene
quien se toma desazón
por las cosas de la casa;
así ocurre a lo mejor
que aquestos mocitos lindos
dan liciones de ladrón
con ventaja muy corrida
al mesmo que lo inventó.
(*Sale Avendaño.*)

AVEN. No harás, hermana, por éste,
tan terrible acusación,
que es mozo de gran provecho
y por él respondo yo.

ARGUE. Eso, hermano, me parece
que está muy puesto en razón;
pero me diréis agora,
¿quién responde aquí por vos?,
que como juntos vinisteis
seréis de igual condición.

SEVI. De eso a ti nada te importa,
que yo fío por los dos,
pues si Lope es un buen mozo
no es Tomás Pedro peor.

ARGUE. Mas, ¿sabéis lo que os digo?
SEVI. ¿No callarás?, ¡moscardón!
ARGUE. Que si fueren de jornada
conmigo...
CARRI. No querrá Dios...
ARGUE. No le fiara la bota
a ninguno de los dos.
¡Pobretucos!... ¡Doncellones!...
No hizo la miel el Señor
para la boca del asno...
(*Por Carriazo.*)
¡Miren quién se lo creyó!...
(*Vase.*)
SEVI. Hijos, si queréis tener
paz y sosiego en la casa,
nunca con aquestas pécoras
perdáis el tiempo en palabras,
que os darán mil pesadumbres.
A vuestro avío y dejadlas.
Desque por hacer espera
a que los amos llegaran
quisisteis venir acá.
(y Dios Nuestro Señor haga
que tarden esos señores
mientras que tuvieseis ganas
de ayudarme); estoy ufano,
pues veo que la posada
la lleváis como una nave
por el timón de la cuadra.
Aquí tenéis, Tomás Pedro,
el libro de la cebada;
ello va bien, que sois listo
y despacháis como agua
cuartillos y celemines.
No hayáis la condición blanda
con trajinantes y arrieros,
que ellos son gente "non sancta",
que vos robarán los piensos
en la punta de una lanza.
AVEN. Vuesa merced no se apure
que está en manos la guitarra

de quien la sabe tañer.
SEVI. En aquesa confianza
vos admití.
CARI. (*Desde la galería.*)
¡Señor amo!,
que suba acá dice el ama.
SEVI. Di que allá voy. Ya sabéis.
¡Ojo al Cristo, que es de plata!
(*Vase.*)
CARRI. Bueno, compadre Avendaño,
me parece que ya basta...
Os he dado buenas pruebas
de ser vuestro en cuerpo y alma
con atender a la súplica
de hacer alto en nuestra marcha
y quedarnos en Toledo
sólo por una semana,
trocando nombres y estados
para gozar de más amplias
libertades. ¿No es así?
AVEN. Sin poner ni quitar nada.
CARRI. Visteis la Iglesia Mayor,
la Sinagoga, el Alcázar,
el gran Hospital de Afuera,
la Fundación de Tavara,
la máquina de Juanelo,
puertas del Sol y Bisagra,
y habéis contemplado el Tajo
desde la puente de Alcántara;
paseasteis por la Vega
y tenéis visto en sus fraguas
hacer con el duro hierro
labores de filigrana
para ser rejas de amores
en florecidas ventanas.
Visteis templar el acero
en las cristalinas aguas,
cuyas hojas son después
aquellas recias espadas
con las que a modo de flores
se pone reinos España.

Pues si visteis todo esto,
¿el qué, ¡vive Dios!, os falta?
Tomemos, pues, el camino
de las doctas almadrabas,
si puede ser esta noche
mucho mejor que mañana.

AVEN. Con todo lo que dijisteis
sabed que no he visto nada,
pues lo mejor de Toledo
guardado está en esta casa,
y si es verdad que lo he visto,
tal admiración me causa,
que se me va por los ojos
la fuerza de las palabras.

CARRI. No es cansancio de serviros,
amigo, lo que me traiga
a recordaros que es tiempo
de emprender nuestra jornada,
pues ya visteis con qué gusto,
para allanar vuestras ansias,
cuando disteis en haceros
mozo de paja y cebada,
asenté pacientemente
por mozo de traer agua;
pero pedirme que a más
de esta condición villana
sufra el amor de la Argüello,
es pedir más de la tasa.
Queráis venir vos, o no,
hoy me parto a la almadraba.

AVEN. Y ¿es aquesto lo que os duele?
¿Tenéis más de echarlo a chanza
como hago yo con la otra,
Carigorda.

CARRI. ¡Linda maula!
Como vos vais a lo vuestro...
no vos duelen prendas.

AVEN. Vaya,
cededme otros ocho días.

CARRI. Y, ¿no se vos come el alma
el que todo un hijodalgo

de ilustre y antigua casa
venga a hocicar en amores
con una triste criada?

AVEN. ¡Téngase, señor hereje!...
recoja allá esas palabras
y vuélvalas por blasfemas
al fondo de su garganta,
que la moza que me tiene
prisioneras vida y alma,
es un sol a medianoche,
es un clavel entre zarzas.
¡Dios te perdone el tener
por fregona a mi Constanza!

CARRI. ¿Que no es fregona? Pues, dime,
¿qué es su oficio en la posada?

AVEN. Ella no friega ni entiende
en más de guardar la plata,
que aunque vos no lo penséis,
la hay abundante en la casa.
Pero, esperad, que ahora quiero
volver con las mesmas armas
con que quisisteis herirme
tan traicionera estocada.
Si es indigno que el amor
de un hombre de mi prosapia
venga a postrarse rendido
ante unas humildes sayas,
¿es—decid—menos indigno,
señor censor de mis ansias,
que un don Diego de Carriazo,
cuyo padre tiene tanta
nobleza que ciñe el pecho
con un hábito de Alcántara,
la voluntad tenga presa,
piensan que de alguna infanta
o de alguna emperatriz?
¡¡de los barbos de Zahara!!

CARRI. (*Riendo.*)
¡Tente, traidor!, que me has muerto,
y bien, con las mismas armas.

AVEN. Y dime si no es mejor

sufrir amorosas ansias
por las duras esquiveces
de una moza toledana,
que andar por tierras gallofas,
viviendo a salto de mata.
Di si aquellos lindos ojos
que están en aquella cara,
siendo todo sol y estrellas
que dan luz a la agitada
noche de mis pensamientos
no han de cautivar un alma
con más honrados motivos
que tus locas esperanzas.

CARRI. Nuestra pendencia aquí acabe
y haz lo que te venga en gana,
aunque ya tengo sabido
en qué finará esta danza;
tú quedarás con tu moza
y yo me iré a la almadraba;
mas, en lo que aquí estuviere,
líbrame de esa tarasca,
que mi amor por ti no llega
hasta el punto de aguantarla.
(A este tiempo aparece Constanza, seguida de la Carigorda.)
Ya cerró entera la noche.

AVEN. *(Por Constanza.)*
Di más bien que sale el alba.

CARRI. Te dejo entonces, amigo.
¡Dios te dé buena mañana!
(Vase Carriazo.)
(Salen Constanza y la Carigorda. Aquélla trae un pañuelo en la mano, el cual se aplica constantemente a un carrillo, como quien sufre dolor de muelas.)

CONS. *(A la Carigorda.)*
¡Si nunca me apretó tanto!...

CARI. Ponga en la muela doliente
un buen buche de aguardiente
y es como mano de santo...

CONS. *(A Avendaño.)*

¡Dios os guarde!
AVEN. ¡Con vos venga!
CONS. (*A la Carigorda.*)
¡Id y volved al instante,
hermana, con el calmante!;
ni un momento se entretenga,
que llevo tan fiero día
con este horrible dolor,
que a mi enemigo mayor
no se le desearía.
CARI. Pronto vuelvo, que está un paso;
pero más le remediara
si aquellas hojas mascara.
¡Másquelas, hágame caso!
(*Vase la Carigorda.*)
AVEN. ¿Mal de muelas padecéis?
CONS. Y desde que me ha empezado
ni un instante me ha dejado.
Si algún remedio sabéis,
¡dádmele, por vuestra vida!,
si es cosa que esté a la mano,
que yo vos prometo, hermano,
quedaros agradecida.
AVEN. Dicen que de los dolores
es el de muelas peor
que todos; yo por mejor
le tengo, porque es de amores.
Aunque no habrá que fiar
del dicho, pues si así fuera
yo tan doliente estuviera
que casi podría hablar.
CONS. Entonces es importuno
este tormento en que estoy,
porque yo, amigo, hasta hoy
no he tenido amor alguno
si no es de los de mi casa,
y ya sabéis que este amor
es lumbre que da calor,
pero no es fuego que abrasa.
AVEN. De todas suertes, amiga,
el remedio vos diré.

CONS. Y yo me le aplicaré
tan pronto como le diga.

AVEN. Si me diereis fe jurada
de hacerlo de esta manera,
desde ahora mesmo os creyera
completamente curada.

CONS. ¿Es difícil de aplicar
o enrevesado de hacer?

AVEN. Sólo es preciso atender
lo que vos tengo que hablar.

CONS. ¿Es acaso una oración
maravillosa? Decidla
presto, hermano.

AVEN. Pues oídla
con extremada atención:
¡Señora de mi alma! Yo soy un caballero
que en la ciudad de Burgos su ascendencia al-
[canzó;
es mi padre un hidalgo de muy honrado fuero,
y el brillo de su estirpe, su hacienda y su dinero,
cuando el Señor le llame, le habré de heredar yo.
Estando muy ajeno de amorosos cuidados
oí de tu hermosura la fama pregonar,
y aunque tales elogios los juzgué exagerados,
los oí tan sinceros, tan honestos y honrados,
que no más que de oírles te comencé a adorar.
Abandoné mi suerte y rechacé mi sino,
que necio me llevaba muy distante de aquí,
tronché los eslabones falsos de mi destino
y buscando otra senda, eché por el camino
florido de ilusiones que me trajo hasta ti.
Mas desde el mismo instante en que te hallé,
[Constanza,
vi que la fama había menguado inspiración,
pues fué pobre el elogio que hiciera en tu
[alabanza,
disfruté los anhelos de amorosa esperanza
y la luz de tus ojos me llegó al corazón.
¡Señora de mi alma! Yo adoro tu hermosura,
yo te ofrezco mi mano, si la quieres tomar

no habrá en toda la tierra quien me iguale en
[ventura,
ni habrá en la misma gloria una senda tan
[pura
como la que contigo me conduzca al altar.
Mas si pluguiese al cielo que tal fuese mi
[suerte,
que mis ansias y anhelos se agostaran en flor,
no declares mi alcurnia, que no quiero per-
[derte,
pues prefiero, ¡alma mía!, al dolor de no verte,
el de ver que en tus ojos no ha llorado mi
[amor.

CONS. Señor de tus deseos. Yo soy una villana
y en esta ciudad misma la luz primera vi;
no es mi estirpe tan noble, tan alta y corte-
[sana
como la vuestra, pero tan limpia es, tan lo-
[zana,
que dar celos pudiera al sol en su "cení".
Yo, en buen hora lo diga, no tengo otro cui-
[dado
que mi mesma persona, ni tuve más dolor
que este que ahora me aflige, ni jamás me ha
[inquietado
la dulce pesadumbre de una pena de amor.
Nunca he visto más tierra que aquesta de To-
[ledo;
aún no sintió mi alma las ansias de ver más;
de suerte, seor hidalgo, que en conciencia no
[puedo
deciros que la fama me habló de vos, sin miedo
de mentiros aleve. ¡Yo no miento jamás!
Así, desde el momento en que por acá os viera,
no supe si la Fama pecaba de embustera
o era dama que guste de decir la verdad;
de luz de amor mis ojos padecen tal ceguera
que están en la más densa y horrible oscu-
[ridad.
¡Señor de tus deseos! Yo quedo muy honrada
con aquesa rendida y honesta pretensión

con que a mi encuentro acude tu alma ena-
[morada;
pero a fuer de sincera, discreta y halagada,
te digo que no vale para mí tu oración.
(Sale la Carigorda, trayendo en un vaso la medicina por que le envió Constanza.)

CARI. Aquí está la melicina.

CONS. Tráela aquí. ¡Gracias a Dios!
(A Avenduño.)
Esta, amigo, y no la tuya,
es la que quita el dolor.

AVEN. ¿Así sin alma me dejas...?

CONS. Pues ¿te he desalmado yo?
Conténtate con que guarde
de decir tu condición;
y sabe que desde aquí
no me habrás de hablar de amor
si tienes el raro gusto
de quedarte en el mesón.
(A la Carigorda.)
Vamos dentro.

CARI. Ya te sigo.
(Mirando a Avendaño, mientras vase tras de Constanza.)
Sospecho que el rapagón
tuvo gusto en ir por lana
y trasquilado salió.
Mas, ¿qué querrá aquesta niña?
¿Si es un mozo como un sol?
Cierto que si me envidara
no le diría que no.
(Sale Barrabás.)

BARRA. Ya tenemos pasmarote
en la puerta. ¡Vive Dios!,
que si no fuera quien es
muy bien le espantara yo;
mirad que no ha de dejar
a la moza en paz, señor.

AVEN. ¿De quién hablas?

BARRA. ¿De quién quieres
que sea, hermano, si no

de ese necio don Pedrito,
hijo del Corregidor,
que anda detrás de Constanza
y no la deja el simplón
una hora, con el empeño
de declararle su amor?

AVEN. Mas, ¿a ti qué te va en ello?

BARRA. A mí en buena ley de Dios,
nada; porque Constancica,
aunque asienta en un mesón,
no es regalo para bestias
como nosotros.

AVEN. Mas, ¿no
consiente ella en el festejo?

BARRA. ¡Buena está la pretensión!
¿No ves que el mozo es idiota
y no tiene otro valor
que el ser hijo de su padre,
don Pedro Ruiz de Alarcón?
Mas, quítale perifollos
y ponle, quiera que no,
la pobreza que tú llevas
y ya verás, ¡juro a Dios!,
la diferencia que existe
entre un mísero pelón
como tú, sin otras luces
que aquellas que le dé el sol,
y ese necio don Pedrito,
hijo del Corregidor.

AVEN. Pero el tal, todas las noches
la ronda.

BARRA. Como si no.

AVEN. Con músicas y canciones
debajo de su balcón.

BARRA. Para el caso que ella hace,
como si la rondo yo;
pues, cuando mucho, el zumbido
de ese enfadoso moscón
le sirve para que el sueño
le apriete con más rigor.
Esta noche habremos bulla;

mas yo pago la función.
AVEN. Pues ¿como?...
BARRA. Con un ladrillo
he de darle al trovador
en medio de la sesera...
Como me conceda Dios
buen tino, él hará esta noche
su postrera relación.
MOZO. (*Dentro.*)
¡Tomás Pedro!...
AVEN. ¿Quién me llama?
MOZO. ¿Ayunan las bestias hoy?
¡Vamos, hombre, que ya es hora,
y a ellas la conversación
no les alimenta tanto
como a ti!
AVEN. Bien; allá voy...
(*Vanse Avendaño y el Mozo.*)
(*Sale la Carigorda a la galería, disponiéndose a arrojar en el patio un lebrillo lleno de agua.*)
CARI. ¡Agua va!
BARRA. ¡Moza del diablo!
¿Primero no has de mirar
si hay alguien?
CARI. No te amontones
de esa suerte, Barrabás,
que si el agua te va encima
aún más provecho te hará
que perjuicio.
BARRA. ¡Buen donaire
si le hubiese de parlar
alguna limpia y honesta
princesa del delantal;
pero de ti, "maripuerca",
poco se me puede dar!
CARI. ¡Miren el...!
BARRA. Entrate presto.
Quítate del barandal,
no te caigas en el patio
y le vayas a ensuciar.

(*Vase Barrabás.*)

CARI. ¡Oiga el armiño! ¡Lucero!
¡Espejo de suciedad!
¿Cuándo por rey de los puercos
te vuelven a coronar?
¡Plaga de pulgas y chinches!
(*Sale la Argüello.*)

ARGUE. ¿Con quién esas voces das?

CARI. ¿Con quién ha de ser, si no
con el mesmo Barrabás?

ARGUE. ¡Bien merecido lo tienes!
¿Pues no puedes emplear
en mejor cosa tu tiempo?
Pero calla y dime acá,
¿cómo llevas tus negocios
con aquél?...

CARI. Tirando a mal.

ARGUE. Lo que es mozos más ariscos
no se han podido encontrar
en toda tierra cristiana.
¡Válame la Soledad!
Yo, a Lopillo, mi paisano,
le trato como a un bajá,
y el maldito ni por ésas...;
tales sofiones me da,
que si no tuviera el ánimo
prevenido en forma tal,
lo digo como esta es noche,
le hubiese dejado ya.

CARI. No era así aquel Pablo Pérez
ni aquel otro Juan Pascual.

ARGUE. Yo, al más gentil Tomás Pedro...

CARI. ¡Tente, hermana, un poco acá!,
que el más gentil es Lopillo,
el mío.

CARI. No pienses tal;
pues ¿dónde tienes los ojos?
¿Cuándo pudiera soñar
tu asturiano con la gracia
y el garbo de mi Tomás?
Quítale de encima el paño

burdo y ponle en su lugar
velludo veinticuatreño,
y no te le cedo ya
con mil doblones encima
por el mismo preste Juan
de las Indias.

ARGUE. Pues yo a Lope,
tal y conforme ahora está,
sin ponerle ni quitarle,
le tengo en un punto más
(no te pienses que exagero),
que al ordinario de Orgaz.

CARI. ¡Mira, Argüello, lo que dices,
que te comienza a cegar
la pasión, que ese ordinario
es más fino que un coral,
y aún no sé si en un apuro
trocárale por Tomás;
pero también es un cardo.
En cambio toditos van,
cual cangilones de noria,
de Constancica detrás.

ARGUE. Cuando adviertan que la niña
es más hosca que un zarzal,
has de ver, hermana Argüello,
cómo tornan hacia acá.

CARI. Nuestros galanes no tienen
sino dejarse llevar.
Si lo hacen de esta manera
yo les juro que no habrá
dos obispos más lucidos
en toda la cristiandad...
(*Sale el Sevillano.*)

SEVI. Y, ¿no hará falta un colero
para esas dos dignidades
eclesiásticas?

ARGUE. ¡El amo!
¡Ay, santa Virgen del Carmen!

CARI. ¡Yo subía!...

ARGUE. Yo bajaba...

SEVI. Y, ¿no plugo al cielo, ¡infames!,

¡bellaconazas!, que en tanto
que subíais y bajabais
se quebrase la escalera?

ARGUE. ¡Ay!, ¡Jesús!, qué entrañas trae;
no es de conciencia cristiana
desear la muerte a nadie.

SEVI. Deje las chocarrerías
si no quiere que la ensalme.
¡Bruja! ¿Qué, ya está otra vez
a la caza de galanes?
En la cocina hacéis falta,
y si es que ello no vos hace
mucha' gracia, por la puerta
se va en seguida a la calle.

CARI. Bueno, señor, no se irrite...

ARGUE. ¡Vaya!, hermano, no se enfade,
que ya nos vamos.

SEVI. Y mucho
cuidado con espantarme
los muchachos, si no quieren
que otra San Quintín se arme.
(*Vanse las dos mozas.*)
(*Salen Avendaño y Carriazo. Fuera se oyen guitarras de mozos que van de ronda y una voz que canta.*)

SEVI. Cierra el portón, Tomás Pedro,
que ya no ha de venir nadie,
y si vienen, con llamar
ya saben que se les abre.
(*Avendaño hace lo que le manda el Sevillano.*)

AVEN. (*Por los mozos que se oyen rondar fuera.*)
Yo espantara a esos moscones
si a mi arbitrio lo dejasen.

CARRI. Son mozos que van de ronda.
En festejar, ¿qué mal hacen?

AVEN. Despiertan a Constancica.

CARRI. Por la moza no repares.
que diben que tiene el sueño
libre de ruidos y afanes;
siéntelo, hermano, por ti
solo, ya que esos cantares

que los lanza otro galán
van en tu pecho a estrellarse.

VOZ. (*Dentro, cantando.*)
No cierres, niña, tan pronto,
las hojas de tu ventana,
que quiero pasar en ella
una noche toledana.

TELON

JORNADA SEGUNDA

La misma decoración.

(*Al levantarse el telón están en escena Constanza y Pedrito, lindo ridículo, hijo del Corregidor de Toledo, y pretendiente contumaz de "La ilustre Fregona".*)

CONS. ¿Cómo he de decir, señor,
que no es desvío ni enfado?
PEDRI. ¿Qué entonces?...
CONS. Que no ha pasado
aún por mi puerta el amor,
o pasó sin hacer ruido;
de puntillicas, quizá,
y en tal caso, como va
descalzo no lo he advertido;
ya vendrá, no desespere,
aún es, por dicha, temprano,
muy pulidico y lozano
cuando yo menos le espere;
y me dará que sentir,
que aunque yo soy muy sentada,
muy cuitadica y callada,
no ha de dejarme vivir.
PEDRI. Yo haré que pase el amor
muy brioso por tu puerta,
de modo que se le advierta

su pujanza de señor,
y si te causa desdoro
el empaque con que viene,
para que mejor te suene
le calzaré espuelas de oro.

CONS. Y ¿me le pondrá unas perlas?

PEDRI. Y unas sartas de coral.

CONS. ¿Y unas cuentas de cristal...?
¡Ya estoy muriendo por verlas!

PEDRI. (*Tomándola una mano.*)
Y ¿me darás esta mano?

CONS. De amiga... Pues ¿por qué no?

PEDRI. De esposa la quiero yo.

CONS. (*Retirando la mano.*)
Aparte. Téngase, hermano;
no es bien que mano villana,
cuyas solas joyas son
agua, estropajo y jabón,
aspire a ser cortesana.
Más honrada está, y señora,
del cuerpo que la sustenta,
llevando el peso y la cuenta
de una casa labradora.
Tenga conciencia, señor;
si su alma está enamorada,
no busque en una posada
la otra mitad de su amor,
que no ha de hallarla cabal;
ponga más alto su empeño,
verá cómo encuentra dueño
entre gentes de su igual.

PEDRI. ¿Pues amor, como la muerte,
no iguala clases y estados
con tan envidiosa suerte,
que una reina y un doncel
de condición pobre y baja
llevan a veces ventaja
a los novios de Teruel?

CONS. Pues a eso respondo yo,
sin ahondar en la porfía,
que eso será en poesía,

Lope

mas lo que es en prosa, no.

PEDRI. ¡Ah! ¡Falsa! ¡Aleve! ¡Traidora!
No es todo virtud en ti,
pues me rechazas a mí
por otro que te enamora.
¡No me lo niegues, que tengo
sospechas de quién es él!
¡Malhaya sea el doncel!
Pues, a fe que su abolengo
es de los limpios de España...
Un mozo de este mesón...
¡Buena está la proporción!

CONS. Con noticia tan extraña,
¿quién aviva vuestros duelos?
Si en todo acertáis así...
Aún no llegó amor a mí
y en vos se estrellan los celos...
Mas ¿por qué quejas exhalan
vuestros labios de tal suerte
si decís que Amor y Muerte
todo en la tierra lo igualan?

PEDRI. Pues, despreciar tan ahina
mis finezas... ¿Quién pensara
que a tal desmán se arrojara
una moza de cocina?
Mas contra ti estos rigores
van, que no en contra mía,
pues no llueven cada día
hijos de corregidores.

CONS. ¡Cálmese, que le hará daño
dolerse con tanto encono!

PEDRI. No pienses que tu abandono
es mi mayor desengaño;
más honrado es mi despecho,
pues, que me entristece más
que los celos que me das
la ofensa que a ti te has hecho.
(*Vase.*)

CONS. ¡Válate Dios! Que trotana
lleva; agora sí que creo
de veras que no le veo

lo menos... hasta mañana.
(Sacando un papel que lleva guardado en el corpiño.)
Veamos ahora el papel
que Tomás Pedro me dió,
diciendo que me escribió,
como enemiga me vió,
su adiós para siempre en él.
¡Vaya!, qué pesados son
los galanes cuando arraiga
en ellos una pasión;
la fruta para que caiga
tiene de estar en sazón.
(Como si hablara Avendano.)
Váyase un tanto a la mano
y haya un poco de mesura.
Tenga picardía, hermano,
que al fin la fruta madura
sí la entiende el hortelano.
(Leyendo.)
"Mi bella y hermosísima hechicera,
de la lumbre solar fulgor divino;
partir me ordena mi tirano sino
y mal este mandato obedeciera
si al pie de tu ventana no acudiera
a pedirle a tu rostro peregrino
que un poco de su luz me concediera
para andar las jornadas del camino.
No hagas, pues, de tu imperio tiranía,
sal a dar a mi pena algún consuelo,
estrella, norte y esperanza mía.
Triunfa en el altar de tu ventana.
Diga yo al menos por calmar mi duelo:
"¡Dos veces salió el sol esta mañana!"
(Hablado.)
La despedida es galana,
más no se irá, que yo haré
para detenerle, que
haya dos soles mañana...
(Vase. Salen Avendaño y el Sevillano.)
SEVI. No pases pena, te digo,

que la causa está ganada,
ni pienses que pierde nada
el buen nombre de tu amigo,
porque desde aquí te advierto
—y no es echarlo a malicia—
que quien se ve por justicia
metido en un desconcierto
y envuelto en papel sellado,
que es papel de mala hilaza,
cuando se desembaraza,
aparece más honrado.

AVEN. Él tiene la sangre fuerte,
el otro le respondió
recio; Lope no miró,
le asestó con mala suerte
una lluvia de porrazos,
y el otro vino a quedar
casi a punto de acabar
con la testa en dos pedazos.
Y ahora, es todo mi temor,
y más que mucho me apura,
que venga a tener tan dura
la vara el corregidor,
cual Lope tuvo la mano.

SEVI. No tendrá, que es hombre suave.

AVEN. Pero, ¡ay!, amigo, ¿quién sabe
si consentirá el villano?

SEVI. Pues, ¿qué ha de hacer, señor mío?
Con ocho escudos o diez
se calla y vuelve otra vez
a subir agua del río,
y no dará en molestalle
ni en tenelle mala idea,
pues cada vez que le vea
echará por otra calle.
Mas me duele, ¡pesiamí!,
que el lance del aguador
herido, ¡vive el Señor!,
que se partiera de aquí.

AVEN. Él harto contento estaba
y satisfecho con ello,

pero el amor de la Argüello
de contino le apretaba
con tan necio desvarío,
con tan enfadosa tema,
que el hombre se marchó al río
por huirse de la quema.
SEVI. Si una noche la esperara
en su aposento apostado,
con un buen fresno aprestado,
y luego como llegara
la diese con mano dura
sin escuchar sus lamentos,
yo te fío que en dos tientos
se le va la calentura.
AVEN. Pues no fué cosa de nada
el conseguir que viniera
por aquí.
SEVI. ¿De otra manera
le fué mal en la posada?
AVEN. No tiene la menor queja,
¿qué ha de quejarse, señor?,
pero es tan grande el horror
que le ha cobrado a la vieja,
que allá se va con el miedo,
y por ahorrarse el topalla,
y aun más de tener que hablalla,
se partirá de Toledo.
SEVI. ¡También el hombre es temático!...
AVEN. Poneos en su lugar...
SEVI. Primero quisiera estar
en una silla perlático
que con la Argüello a la zaga.
AVEN. Y, diga, ¿el mozo saldrá
bien?
SEVI. Sí; todo se andará,
esa cuenta va a mi paga.
AVEN. Vos ¿seréis hombre influyente
en la ciudad?
SEVI. Descontado...
Tengo mi crédito honrado
con la toledana gente,

y aun se pensó alguna vez
darme asiento en el Concejo,
pero yo soy perro viejo
y no lo admití, ¡pardiez!,
que ya con la hacienda mía
tengo bastante labor...
tan sólo soy muñidor
de una santa cofradía.

AVEN. Luego, con su protección...
En fin, vuesarcé ya sabe...

SEVI. Yo conduciré esa nave
a puerto de salvación.

AVEN. Revuelva usarcé Toledo,
y si hay dinero que dar
sepa que no ha de faltar.

SEVI. ¿Piensas que he de estarme quedo?
De cierta priora sé,
deuda del corregidor,
que le ordena a este señor
casi, casi con el pie.
A su vez esta priora
tiene cierta lavandera
(mujer muy dicharachera),
que conoce a una señora,
hermana de un franciscano,
el cual trata al confesor
de la monja, con amor,
más que de amigo, de hermano.
Yo hablaré a la lavandera,
quien, como pida a la hermana
del fraile que le hable a éste,
y el confesor se nos preste,
si a su vez tuviese gana,
para hablarle a la priora
y aquésta al Corregidor,
la causa del aguador
se acaba en un cuarto de hora.

AVEN. Pues, siendo de esta manera,
ya veo a Lope indultado.

SEVI. Todo esto, por descontado,
con tal que el otro no muera

y ese carro de las leyes
mírese muy bien a untar,
porque si no, da en chirriar
más que carreta de bueyes.

AVEN. *(Sacando un bolsillo de entre la faja y entregándosele al Sevillano.)*
Para la primera untura.

SEVI. *(Tomando el bolsillo.)*
Aquél que llamó al dinero
"poderoso caballero",
no era necia criatura.
No hay cosa que con él pueda,
pues como se unte con él
algún áspero cordel,
se torna en cinta de seda.

(Vase. Sale la Argüello, como huída, trayendo en el brazo una pequeña cesta cubierta con una servilleta.)

ARGUE. ¡Mala pascua te dé Dios
y te lleve el Diablo!

AVEN. ¡Amén!
Hermana Argüello, ¿por quién
decís eso?

ARGUE. No es por vos,
que sois algo más humano
y sabéis más de la vida;
va contra el loco homicida
a quien miráis como hermano.

AVEN. ¿Contra Lope?

ARGUE. ¿Quién si no
tiéneme el humor vendido
y es tan desagradecido
que nunca bien me miró?

AVEN. Y ¿agora le visteis?

ARGUE. *(Con tono de misterio.)*
Nada
digáis.

AVEN. ¿Qué no he de decir?

ARGUE. Que queriéndole servir,
como fina enamorada,
pensando que aun era preso,

llevábale hasta la reja
un guisadillo de oreja
con pan y un poco de queso;
cuando le veo venir
con más corte de muchachos
que acostumbran los borrachos,
siendo todos a decir,
con infernal batahola,
que mal sufriera un cristiano:
"¡Daca la cola, asturiano...!"
"¡Asturiano, da la cola...!"
Acudo yo al columbralle,
como si fuera algo mío,
sin curar del griterío,
con el afán de amparalle;
de que me advierte se para,
yo pensando que me espera,
voyme a él, y nunca fuera,
porque blandiendo una vara
que traía, da a correr
tras de mí, y sin darme tregua,
a palos, como una yegua,
metióme en "Zocodover".
(*Avendaño se ríe.*)
Pues sí que el caso es de chanza...
Como no vos duele a vos...
Mas a fe que sois los dos
pasos de una misma danza.
¡Por Dios que el pasagonzalo
lloraraıs si os corrieran
y el cubreasiento os molieran
con lo más recio de un palo!

AVEN. Mas ¿por acaso ignoraba
que Lope no está ya preso
desde ha días?

ARGUE. Y ¿por eso
a tal rigor se obligaba?
No se puede andar la vida
dos veces; si se pudiera,
y en algún día tuviera
comezón de ser querida

por algún mozo de enjalma,
como me llaman la Argüello,
que antes de venir en ello,
me enterrarían con palma.

AVEN. (*Con malicia.*)
Pero eso, al tiempo de ahora,
ya no lo podréis hacer...

ARGUE. A la postre una es mujer,
y por su mal, pecadora.
El hombre no sabe estar
cuando no puede pedir,
y tanto y tanto plañir,
¿qué hemos de hacer sino dar?
(*Dentro se oye la gritería de los muchachos.*)

VOCES. (*Dentro.*)
¡Asturiano, da la cola...!

ARGUE. Acá viene el enemigo.
A mí no me da otro susto.
Quiero evitarle el disgusto
de que se tope conmigo.
(*Vase. Sale Carriazo seguido de los muchachos alborotadores, y a la algazara de las voces salen también Constanza, Leonarda, la Carigorda, el Sevillano, Barrabás y otros mozos de la posada.*)

SEVI. Pero ¿qué alboroto es éste?
¿Vuelve Almanzor a Toledo?

CARI. Sin duda es algún borracho.

CONS. ¿No será maese Pedro
el del retablo?

CARRI. (*Desde la puerta.*)
¡Ya basta
de burlas!, ¡pesia mi cuerpo!
¡Hospa! ¡Canallas! ¡Bigardos,
ya se me viene a mí haciendo
la sangre hieles...!

AVEN. ¡Ten calma!

CARRI. He de hacer un escarmiento.

SEVI. Calmaos, Lope, y decidnos,
¿qué demonios es aquesto?

CARRI. Esto no es más, señor amo,

pongo por testigo al Cielo,
de que al salir de la cárcel,
por fianza de vos mesmo,
hasta que la causa cese
del aguador, no queriendo
recogerme a la posada
por no topar con la Argüello...

SEVI. ¡Sabia previsión es ésa...!

CARRI. Quise meterme en el gremio
de los aguadores que
suben el agua a Toledo,
y para ejercer mi oficio
compré un paciente jumento
(¡buena pieza!) en diez ducados.
Después que el trato fué hecho
y se celebró alboroque,
que pagué como hombre bueno,
ofrecióse una partida
de "parar"; por no ser menos
que los demás entré en ella,
¡pero entré con el pie izquierdo!,
porque a dos manos quedé
muy bien limpio de dineros.
No habiendo más que jugar,
jugué el pollino, advirtiendo
que jugábale por cuartos,
y todos me lo admitieron.
La tarde estaba de malas
para mí, y juego tras juego,
a cuatro envites perdí
al asno como a mi abuelo.
Levantóse el ganancioso
para llevarse de nuevo
la bestia, mas yo le dije:
—Hermano, téngase quedo;
llévese lo que ganara,
pero no me lleve el resto.
—¿Qué es el resto?—preguntóme—.
Si hais perdido, ¡vive el Cielo!,
los cuatro cuartos del asno,
¿no perdéis el asno entero?

—Mas yo no jugué la cola—
le repliqué.

AVEN. ¡Buen ingenio!

BARRA. ¡Qué brava salida en falso...!

CARRI. Deme, pues la cola luego;
prosegui tozudamente.
Mas advierta que la quiero
desde su principio, que es
de la punta del cerebro,
arrasando el espinazo
hasta los últimos pelos.

SEVI. No lo embrollara mejor
un escribano.

CARRI. Advirtiendo
los demás que la querella
tenía muy mal arreglo,
pues se acordaban del chirlo
que abriera a su compañero,
dijo uno: —Esta contienda
está arreglada en un verbo,
no más de con que la cola
se ponga sobre otro juego.
Admitió el otro el envite,
echó cartas y al primero
partido gané el un cuarto;
picóse el hombre con ello
y puso luego el segundo,
que por no hacerle de menos
se unió al primero, llevándose
tras sí los dos cuartos sueltos.
De esta suerte gané el asno;
hízose famoso el medio
y dió en los chicos, que fué
como dar en los infiernos;
por eso en cuanto me topan
berrean a pulmón lleno:
"¡Asturiano, da la cola...!"
y, ¡vive Dios!, que les temo.

SEVI. Pues lo que es, a la hora de ésta
no hay bodegón en Toledo,
no cofradía de pícaros,

donde no ande el nombre vuestro.
(A los mozos del mesón.)
Y vosotros, pues sabéis
la causa del mosconeo
de los muchachos, andad
cada uno a lo suyo, y presto,
que si fuese a trabajar
no saldríais tan corriendo.
Tú, Lope, puedes quedarte
si no te asusta la Argüello.

CARRI. Aunque me dé su merced
la posada no me quedo.

AVEN. *(A Carriazo.)*
Ya me dirás de tu vida.
Mejor estamos adentro.

CARRI. También tú habrás de decirme
si logras o no tu pleito.

AVEN. Siendo de amor no adelanto
más de que si fuera cierto
con la necesaria plaga
de esbirros y leguleyos.
(Vanse. Han quedado en escena Constanza, Leonarda y el Sevillano. Leonarda trae en la mano el libro en donde se supone que su marido apunta las cuentas de la paja y cebada.)

LEON. Oíd, marido, un instante...
Tú también, hija Constanza.

SEVI. Pues ¿qué es ello? Mas que hoy,
¿hay cabildo en la posada?

LEON. Mira, hermano, aqueste libro.

SEVI. El de la paja y cebada...
Ya le miro cada día
y sé lo cabal que anda,
que el mozo que me lo lleva
es el mejor de la casa.
(Por Constanza.)
No contando a este pimpollo,
que es la espuma de la palata.

LEON. Pues mirad bien esta hoja.

SEVI. ¿Hay en ella alguna falta?

LEON. Hay algo peor; hay coplas.

SEVI. ¿Y las leísteis...?
LEON. Pues ¡vaya!
SEVI. ¡Claro...! Como sois poeta...
LEON. No soy; pero lo que pasa
es que tengo entendimiento
y sé discernir las causas.
Rezo las cuatro oraciones
en latín como una santa...
SEVI. Más lo agradeciera Dios,
amiga, si las rezarais
en romance, que ya os dijo
vuestro tío que ensartabais
más que oraciones blasfemias.
LEON. Esa flecha de la aljaba
de tu sobrina ha salido.
CONS. ¡Mire, tía, lo que habla...!
LEON. Que está envidiosa de verme
tomar las horas sagradas
en latín, e irme por ellas
cual por viñas vendimiadas.
SEVI. Sea, en fin, como queráis
y dadle el libro a Constanza
para que lea las coplas,
pues tiene muy buena gracia.
LEON. Decís bien, pues para ella,
sin duda fueron sacadas,
bien será que ella las lea.
CONS. Mas ¿qué decís?
LEON. Lee y calla.
SEVI. Calla o lee, ¿en qué quedamos?
¿Te entenderá la muchacha?
CONS. (*Toma el libro y lee.*)
"Raro, humilde sujeto que levantas
a tan excelsa cumbre tu belleza,
que en ella se excedió Naturaleza
a sí misma y al Cielo la adelantas.
Si hablas, si ríes o si acaso cantas,
si muestras pesadumbre o aspereza,
efecto sólo de tu gentileza,
las potencias del alma nos encantas.
Para que pueda ser más conocida

p. 44 in C. word for word yet this is serenade

la sin par hermosura que contienes
y la alta honestidad de que blasonas,
deja el servir, pues debes ser servida
de cuantos ven tus manos y tus sienes
resplandecer en cetros y coronas."

LEON. Por las coplas que has leído,
tú eres quien tiene que hablar.

CONS. Pues, a qué causa, señora,
si yo en mi vida, jamás
di en admitir las finezas
de nadie, lo saben ya.

SEVI. Mira, hijica; en estas cosas
se ha de decir la verdad;
si algo de cierto ocurriere
a nadie puede extrañar,
pues tú eres moza y bonita
y él es mozo y es galán;
pero hay un inconveniente
que en su día le sabrás,
y hace fuerza el que nosotros
miremos un punto más
por ti que si fueras...

LEON. ¡Cesa...!
No tienes por qué charlar
tanto. Constanza es juiciosa
y sabe de sobra ya
lo que quermos decirla;
ella nos confesará
noblemente lo que hubiere.

CONS. Si vale decir verdad,
ello es lo cierto que anda
muy obsequioso Tomás
Pedro, pero sus palabras
aún no he querido escuchar,
no porque me descontenten,
sino que el ciego rapaz,
aunque ha llamado a mi puerta
con finezas de galán,
me ha parecido muy pronto
para dejarle pasar.

(Salen el Corregidor, don Diego de Carriazo,

don Juan de Avendaño, dos Mozos y dos Alguaciles.)

CORRE. (*Desde la puerta.*)
Esta es, señores míos, la posada.

SEVI. (*Aparte.*)
¡La Justicia en mi casa! ¿Qué es aquesto?

CORRE. (*A los caballeros que le acompañan.*)
La primera ojeada
me ha venido a poner de manifiesto
la prenda deseada
que es causa y ocasión de esta jornada.
(*Señalando a Constanza.*)
Miradla allí cuán bella...
¿Ponéis a su beldad algún reproche?

DIEG. Más que humana doncella,
paréceme una estrella
rezagada del carro de la noche.
De buena gana iría...

CORRE. ¡Aun no es tiempo, señor, por vida mía!
(*Llegándose al Sevillano.*)
¡Guarde Dios al honrado Sevillano
y no deje asimismo de su mano
a su hermosa y honesta compañía!

LEON. (*Aparte.*)
Cuando tan fino viene,
tan galán, tan cortés y tan rendido,
sin duda que no tiene
ninguna cosa contra vos, marido.
¡Jamás galana la Justicia ha sido!

CORRE. (*Aparte al Sevillano.*)
Amigo: ¿Os acordáis de una mañana,
que aún no está muy lejana,
en que vine a tratar de esa doncella
tan honesta y lozana?
Pues ahora el padre de ella
acaba de llegar y quiere hablaros,
si no ponéis reparos,
pero sin otros testigos
que esotro hidalgo y yo por muy amigos.

SEVI. Ya sabe useñoría que me entrego
sumiso a su mandar. ¿Y las mujeres?

CORRE. Váyanse por ahora a sus quehaceres,
que ya así de que habléis entrarán luego.

SEVI. Se hará de esa manera.
(A Constanza y a Leonarda, aparte.)
Leonarda, Constancica... Yo quisiera...

JUAN. *(Al Corregidor.)*
¿Y si acaso nos fuera el mesonero
de aquellos socarrones
que en oliendo dinero
saben hacer valer las ocasiones?

DIEG. No será, mas si fuese, no es momento
de mostrarse avariento.
Vengo por mi hija, y por lograrla diera
cuanto él me pida... mi fortuna entera.

CORRE. Deseche vuesarced ese cuidado.
Yo le conozco bien. Es hombre honrado,
mas si en razón no entrara
y algún desmán pensara,
¿no tengo yo en la mano aquesta vara?
(Van saliendo Constanza y Leonarda.)

SEVI. *(Llamando.)*
¡Eh, mozo, Tomás Pedro! Salid presto
y recado tomad a estos señores...
(Sale Avendaño, quien así como advierte la presencia de don Juan, cúbrese el rostro con la montera y vuélvese hacia Constanza.)

AVEN. ¡Váleme el Cielo! Pero ¿qué es aquesto,
que mi padre está aquí?

JUAN. *(Al Sevillano.)*
Vuestros favores
sabremos estimar abiertamente.

AVEN. *(A Constanza.)*
De entre toda esa gente,
sabe, hermosa señora,
que es mi padre y señor el que habló agora.
Pregúntale a un criado
de aquellos de quien viene acompañado.
Averigua, Constanza, y eslabona
lo que averigües con el ansia mía,
verás más clara que la luz del día

la ilustre calidad de mi persona.
(*Vanse los tres.*)

SEVI. Si no es que pasar quisieren,
caballeros, al estrado,
que aunque humilde está dispuesto
siempre para los hidalgos...

DIEG. No es menester, señor huésped;
estamos bien en el patio
y aun nos convidan a ello
los rigores del verano.

CORRE. Referidle, pues, amigo,
a don Diego de Carriazo
aquella historia que a mí
dijisteis el mes pasado,
que es historia de Constanza
y elogio de vuestro rasgo
caritativo.

SEVI. No es más
de que ahora habrá quince años
llegó al mesón cierta dama
que venía puesta en hábito
de peregrina, trayendo
consigo cuatro criados,
dos dueñas y una doncella,
que a lo que vi parecía
una señora de rango.
Apenas llegó, metióse
en el lecho pretextando
no sé qué vulgar dolencia,
mas nos llamó a poco espacio
a mi mujer y a mí. Fuimos,
y a sus dueñas ordenando
que cerrasen bien la puerta,
nos hizo aqueste relato:
"Yo soy una dama honesta,
que por mal de mis pecados
—los cuales, para honor mío,
jamás han sido livianos—,
me veo inocentemente
en un deshonesto paso
y estoy a punto de dar

al mundo un ángel humano.
De referiros la causa
que me tiene en tal estado,
por vergüenza de mí mesma
no es tiempo al tiempo en que estamos.
De aquí a poco saldrá al mundo
un ángel desventurado;
hacedme la caridad
de admitirle en vuestros brazos
y hasta que pueda llevármele
sed sus padres entretanto.
Si yo por mala ventura
no retornase a buscarlo,
la mitad de esta cadena
traerá quien venga en mi caso..."
Me entregó la media alhaja
y nos salimos del cuarto.
En aquella misma noche
salía de su cuidado,
dándole al mundo una niña
más linda que el sol de mayo.
De entonces a otras dos fechas
tornó otra vez a llamarnos
y nos dijo cómo era
su gusto que en el santo
sacramento del Bautismo
a aquel ángel desgraciado
le llamásemos Constanza;
diónos luego, por regalo,
aunque yo no los quisiera,
mil cuatrocientos ducados,
y así como fué el bautizo,
sin pararse más espacio,
partióse, sin que a la fecha
señas de vida haya dado...

DIEG. Y ¿también no os entregó
ciertos cartones doblados,
con unas letras escritas
que no dan discurso claro,
si no se juntan con otros
dispuestos en igual caso?

SEVI. Ciertamente, caballero.
DIEG. Pues ya es tiempo de hablar claro.
Con la cadena y las letras,
más otros tantos ducados
como vos dió aquella dama,
yo vengo, amigo, a quitaros
mi hija.
SEVI. Señor don Diego,
el dinero no mentarlo,
solamente la cadena
y el papel hacen al caso.
El alma de aquesta casa
venís, señor, a llevaros;
su padre sois y no hay más
sino obedecer, llorando.
Venid dentro, que ya no
se ha de seguir en el patio
el final de aquesta historia.
DIEG. Donde vos dispongáis, vamos.
(Entranse todos, quedándose el último el Sevillano, el cual dice a Constanza y a Leonarda, que desde la galería han escuchado casi toda la escena anterior.)
SEVI. Leonarda, con la muchacha
entrad al punto al estrado,
que se han roto las tinieblas
de aquel misterio de antaño.
¡Ya hallaste padre, Constanza...!
LEON. Por tan venturoso hallazgo
hoy será el día más triste
del mesón de "El Sevillano".

TELON

IORNADA TERCERA

La misma decoración. Es de noche.

(*Están en escena, gustando del fresco de la noche, don Juan, don Diego y el Corregidor.*)

DIEG. Yo no me aparto de aquí,
que estando con la muchacha
me parece que la tengo
ya conmigo y en mi casa.
Un hijo tengo perdido,
que no sé por dónde anda;
ella será en mi vejez
la alegría de mis canas.

CORRE. Mas ¿conmigo no estaréis
mejor que en una posada?

DIEG. Por ese mismo temor
no aceptamos la palabra,
no venga a ser que golosos
del celo con que nos tratan
no nos vayamos de aquí
lo menos en dos semanas,
y si dais vuestra licencia
nos partiremos mañana.

CORRE. Sea como vos queráis,
porque voluntad forzada
antes da enfado que gusto;
hacedlo como vos plazca.
(*Pausa.*)

JUAN. Acá en el patio se está
mejor.

CORRE. Verdad, que en la sala
aprieta el calor de firme.
(*Sale el Sevillano.*)

SEVI. Viene la noche muy clara.

DIEG. (*Al Corregidor.*)
Y ¿qué me decís del lance?

CORRE. Sólo censuro el que entrarais

como un rufián, por sorpresa,
en el cuarto de la dama.

DIEG. ¿Cómo poder contenerme,
si era su hermosura tanta,
que más que pequé en quedarme
pecaría con dejarla?
No tenéis idea, amigo,
de beldad más soberana.
En fin, no vos digo más,
que era madre de Constanza.

JUAN. Por lo demás, después de ello,
cuando ya la razón sana
vos alumbró los sentidos,
habéis hecho por buscarla
cuanto estuvo en vuestra mano.

DIEG. Y quise limpiar la mancha
con tomarla por esposa,
que a tanto me autorizaba
el ser viudo, mas no pude;
cuanto más la iba a la zaga
menos saber conseguía
en qué parte se ocultaba.

SEVI. En todos mis días vi
señora más recatada.
En el tiempo que aquí estuvo
a nadie mostró la cara
más de a mi mujer y a mí.
Lo que es el nombre... ¡ya escampa!
Ni en sueños dijo quién era.

DIEG. ¡Mujer más extraordinaria...!

JUAN. Yo sostengo que a no darse,
don Diego, la circunstancia
de estar en trance de muerte
aquel bribón que guardaba
las pruebas de este suceso,
no dieseis con la muchacha
ni supierais que era muerta
su madre.

DIEG. Cierto. ¡Bien haya
aquel bellaco que en la hora
suprema se lavó el alma

y me entregó los papeles
que dieron fe de Constanza!

VOCES. (*Dentro.*)
¡Asturiano, da la cola...!

MOZO. (*Desde la puerta.*)
Adviertan a Tomás Pedro,
el mozo de la cebada,
cómo llevan a su amigo
Lope a la cárcel.

SEVI. No falta
sino que agora el mocito,
de la noche a la mañana,
nos ande por tales pasos.

CORRE. (*Al Sevillano.*)
¿Qué es ello, amigo?

SEVI. No es nada.
Un mozo que me servía,
y desque se fué de casa,
no ha tenido un día bueno,
pues que de contino anda
metido en locas pendencias.

CORRE. (*Al Mozo.*)
Dile al alguacil que traiga
a ese hombre.
(*Vase el Mozo.*)
Mas que nunca
han de faltar estas danzas...
(*Salen Carriazo y el Alguacil.*)

ALGUA. Con licencia.

CORRE. ¿Qué ha ocurrido?

ALGUA. Que este hombre, por un vaya
que acostumbran los muchachos,
como cuadrilla endiablada
darle, cerró tras ellos
con tan desmedida saña,
que uno deja moribundo
en la "Cuesta del Alcázar".

CORRE. ¿Es eso cierto...?

CARRI. Señor...
(*En este momento reconoce Carriazo a su padre en don Diego, y procura ocultar el rostro.*)

¡Válame la Virgen santa!
Mi padre aquí.

CORRE. Responded.
Descubríos esa cara.
(*El Alguacil le quita la montera con la que intenta ocultar el rostro.*)

DIEG. ¡Hijo, don Diego...! ¿Sois vos...?
¿Cómo andáis en esa traza?
¿Os habéis propuesto ser
el ludibrio de mi casa...?
¿Aún no habéis dado al olvido
las galloferas andanzas?
¿Quién me dijera que cuando
vengo a enmendar una falta
de la mocedad, habrían
vuestras necias bellacadas
de atajarme de esta suerte?
¡Buen descanso de mis canas!

CARRI. Padre y señor... ¡perdonadme!
Y ya que los Cielos mandan
que tornemos a encontrarnos
de suerte tan impensada,
la cadena de tus brazos
prenda mi vida y mi alma
a tu dulce tiranía.

DIEG. Pues ven y en ellos descansa,
que hoy es día de venturas.

JUAN. (*A Carriazo.*)
¿Mi Juan no te acompañaba
cuando saliste de Burgos?

CARRI. Y ha de estar en la posada;
que él, señor, sin tu licencia,
es el mozo que aquí manda,
como un monarca en sus reinos,
en los antros de la cuadra.

SEVI. ¡Válame Dios!, ¿esto es sueño
o es vida? Encuentra Constanza
a su padre. Tomás Pedro
y Lope igualmente hallan
los suyos y son hidalgos
de alcurnias privilegiadas.

CORRE. ¿No está por acá ese mozo?
SEVI. Habrá un momento sí estaba.
(*Llamando.*)
¡Tomás Pedro...! ¡Salid, hijo!
¡Salid, que aquí os aguardan!
CORRE. Salga acá vuesa merced,
pues que le esperan con ansia,
no cruelísimas fieras,
sino las dulces y gratas
demostraciones de un padre.
(*Sale Avendaño un poco receloso y confuso, adelantándose don Juan a recibirle.*)
JUAN. A la postre, ¡hijo del alma!,
vengo sin daño a encontraros
donde menos lo esperaba.
AVEN. ¿Ningún rencor me guardáis
porque al dejar nuestra casa
con propósito de irme
a estudiar a Salamanca,
en la mitad del camino
el pensamiento trocara,
y en lugar de tomar ruta
con rumbo a la ciudad sabia
(*A don Diego.*)
de acuerdo con vuestro hijo
preferí las almadrabas...?
JUAN. ¿Lo que decís es posible?
Los dos galanes de España
más honrados...
AVEN. No hayáis miedo,
que a mitad de la jornada
un niño ciego y desnudo,
con arco, flecha y aljaba,
apartóme del camino
que lleva al puerto de Málaga,
empujóme hacia Toledo
y me trajo a esta posada.
JUAN. ¡Vive Dios!, que no te entiendo.
CARRI. Yo lo diré en dos palabras.
La más gentil maravilla
de Toledo y su comarca

es moza de este mesón,
y es tan honesta y bizarra,
que fuera de la provincia
lleva su nombre la fama.
La vió don Juan y prendóse
con pasión tan enconada,
que aquí ha trocado en un punto
el saber qué dan las aulas,
su alcurnia, su mayorazgo
y su puesto en la almadraba,
por el amor villanesco
de una moza de posada.

JUAN. ¿Es así, de esta manera?

AVEN. Sin poner ni quitar nada.
Y no saldré de Toledo
sin el amor de Constanza.

DIEG. Mas vos, ¿qué decís, don Juan?
Que en verdad que no contaba,
cuando vine por mi hija,
con hallarla cortejada.
(*A Avendaño.*)
¿Vos sabéis?...

JUAN. ¿Tú no sospechas
quién es quien te roba el alma?

AVEN. Una moza del mesón.
Ni sé más ni me hace falta;
es decir: sé que es honesta
a más de linda y bizarra,
y ¿qué más ha menester
un corazón que bien ama?

CORRE. Sabed, mi señor y amigo,
que agora ya no es criada
la moza que conocisteis;
agora es ilustre dama,
que tiene por padre a un hombre
de alcurnia tan limpia y clara
como don Diego Carriazo.

AVEN. Mas, sin duda estáis de chanza...
¿A qué viene, señor mío,
tan a destiempo esta jácara?

DIEG. En poco, amigo, tenéis

al dueño de vuestras ansias,
pues que así vos resistís
a dudar de su prosapia.

AVEN. No es, don Diego, que no piense
que no merece Constanza
descender del mismo sol,
pues es tal que bien se honrara
con admitirla por hija
la mejor casa de España,
sino que tan de improviso
hase obrado la mudanza,
que aun mostrándomela vos
se me hace fuerza el mirarla.

JUAN. Lo primero que hais de ver
es a dejar esas trazas
y vestiros con el porte
que vuestra clase reclama.

DIEG. Suban a nuestro aposento,
y de la ropa que haya
miren si hay algún vestido
que por el pronto les valga.

AVEN. Pero, señor, mejor fuera...

JUAN. Agora obedece y calla,
que no son para villanos
los ojos de aquella cara.
(*Vanse Avendaño, Carriazo y el Sevillano.*)

CORRE. Y yo, con vuestra licencia,
voyme también, que hago falta
en el Concejo.

DIEG. ¿Tan pronto?...

CORRE. Cuando los gatos descansan
ya sabéis que los ratones
suelen campar a sus anchas.

JUAN. Decís bien.

DIEG. Andad con Dios.

CORRE. ¡El os guarde! ¡Hasta mañana!
(*Vase el Corregidor, seguido del Alguacil.*)

JUAN. ¿Quién nos dijera, don Diego,
que aquesto nos esperara?
¿No buscabais una hija?
Pues ya con ella os aguardan

un yerno más otro hijo.
DIEG. No ha de pesaros la chanza
si en el yerno que yo encuentro,
vos al hijo que os faltaba
venís a hallar igualmente.
JUAN. Aquesa es la verdad clara...
(A este tiempo cruza la Argüello, volviendo a salir en seguida.)
DIEG. Quisiera saber agora
por alguien de la posada
que no fuera "el Sevillano",
a la chica cómo tratan
por acá, y aun si ella sabe,
tratando a gente villana
durante tan largo tiempo,
responder a su prosapia.
JUAN. *(Por la Argüello, que vuelve a salir.)*
Sin duda que esta mujer
que ha de ser una criada
antigua...
DIEG. Decís muy bien.
Miremos a sonsacarla.
Diga, buena madre...
ARGUE. Mire lo que habla,
señor caballero;
de madre me trata
y yo aún soy doncella,
pero muy honrada.
DIEG. No le ofenda cosa
tan sin importancia;
de doncella a madre
no va, hermosa dama,
más de un "pon" o "quita"
ARGUE. Diga, ¿qué me manda?
DIEG. Escuche. Esa moza
tan linda y bizarra
que sirve acá dentro,
¿en qué oficios anda,
si puede saberse?
ARGUE. ¿Dice por Constanza?
El señor Primado

no ha más descansada
vida que ella tiene.
Con guardar la plata
y la loza fina,
y ayudalle al ama
a planchar la ropa,
ya no hace más nada.
Tres mujeres somos,
señor, en la casa,
y a ninguna deja
que metamos baza;
teniendo cada una,
como a Dios le plazca,
sus más y sus menos,
ninguno se arranca
a decirnos: "¡Diablos,
mujeres o cabras,
mal rostro tenéis...",
porque siempre atascan
como moscardones
en su bella cara.

DIEG. Pues, luego a esa cuenta.
la niña de plata
¿es fruta que aquí
va manoseada?...

ARGUE. ¡Sí, sí; al herrar
tenelle la pata!
No fuera la moza
tan hosca y tan áspera,
y el oro de México
metiera en su arca...
Si así se conserva
la linda pazguata,
¿quién sabe si un día
no han de hacella santa?
¡Cuántas, señor mío,
menos mojigatas,
están en altares
con corona y palma!
Es mucho la niña,
y una en cambio, nada.

JUAN. ¿Qué decís, amiga?
Pues ¿tan mal vos tratan?
ARGUE. Es gente muy cruda
la de esta posada.
La flor de mi vida
dejéme en la casa
y miré por ella
como por mi alma,
y agora no hay riña,
ni sofión ni chanza,
que la pobre Argüello
no lleve a la espalda.
No en balde, señor,
los tiempos se pasan.
¡Bien puedo yo agora,
a fuer de apenada,
decir como algunos
aquella cantata:
"¡Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer a hoy;
ayer maravilla fuí,
hoy sombra mía no soy..."
(Vase enjugando unas lágrimas de melancolía.)
(Sale Constanza vestida de dama, y tras ella Leonarda, Carigorda y Barrabás.)
LEON. *(A los caballeros.)*
Ved si es la misma que visteis
cuando en el mesón entrasteis.
Decid, ¿cuándo no la hubisteis
la soñasteis
perfección tan acabada?
Tan peregrina belleza
deja en parte consolada
mi tristeza.
CONS. Eso no diga, señora...
Deje, ¡por Dios, la alabanza!
Como antes, ¿no seré agora
su Constanza?
No más, señora, se aflija,
que aunque ha de dejar de verme
no dejará de tenerme

por su hija.
El amor que es verdadero
no se acaba con la ausencia;
antes, con más violencia
se mantiene y con más fuero.
Porque la mesma distancia
que alejado le mantiene
es un perfume que tiene
más fragancia.
Cierto que si hallé a mi padre
cuando menos lo pensaba,
ya vuestro oficio de madre
que mostraba
conmigo tanto cuidado,
fuerza será que aquí cese,
aunque de mi nuevo estado
por separarnos nos pese.
Si ya no soy guardadora
de la plata del mesón,
el corazón
os dejo al irme, señora.

DIEG. Ven que te vea, ¡hija mía!
Como tan poco te vi,
agora sólo querría
estar mirándome en ti
noche y día.
(*Salen Avendaño y Carriazo.*)

JUAN. ¿Así venís todavía?
¿No hay allí arriba un vestido
que os valga?

AVEN. Ni uno solo.

JUAN. ¿Tanto creciste, hijo mío?

AVEN. No está el caso en el crecer,
sino en pensar que los hijos
han de tomar de los padres
no las prendas de su avío,
sino las prendas del alma
si quisieren ser bienquistos.
Además, que yo acá vine
no por mayorazgo rico,
sino por mozo de mulas;

ya que practiqué el oficio,
en lo que estemos aquí
no he mudar de vestido.

CARRI. Por lo que hace a mi persona,
en todo digo lo mismo;
que si se han menester galas
ya hay de sobra, a lo que miro,
con las que mi hermana lleva.
(*A Constanza.*)
¡Válame Dios uno y trino!
¿No me darás esos brazos
y te echarás tú en los míos?

CONS. (*Abrazando a Carriazo.*)
Hermano, ¿quién me dijera
la primer vez que nos vimos
que éramos la mesma sangre...?

CARRI. (*Por Avendaño.*)
Estémosle agradecidos,
que a no darle tu belleza
tan de lleno en el sentido,
sabe Dios, Constanza mía,
cuándo yo te hubiera visto...
(*Apártase Carriazo de Constanza y hace una seña picaresca a Avendaño para que se acerque a ella. Don Juan, Leonarda y Carriazo quedan hablando aparte.*)

AVEN. No eres ya ni la moza guardadora
de la plata que tiene "El Sevillano",
ni eres la esquiva de mirar tirano
a quien yo que pensara labradora
del más llano solar, por seductora,
por alma limpia y corazón lozano,
llevándola conmigo de la mano
queríale subir a ser señora.
Agora el alma te salió a la cara.
Ya no hay impedimento de pobreza
por tu parte, Constanza, y lo deploro.
Pues ya que así el destino lo ordenara,
¿habrá de rechazarme tu belleza
si me llego a decirte que te adoro?

CONS. No eres ya el mozo que pidió posada,

y al cabo de dos días inventaste
yo no sé qué pretexto y te quedaste
de mozo que reparte la cebada.
No eres ya aquel Tomás que asaetada
con ojos y palabras me dejaste;
desde aquel día en que de amor me hablaste
me tienes a tu ley esclavizada.
Si no te respondí a aquellas razones
que dabas en decir como oraciones,
¡ay!, fué que te temí por caballero,
que así somos acá las labradoras.
Hoy ya puedo escucharte que me adoras
y yo puedo decirte que te quiero...

DIEG. (*A Leonarda.*)
Vos seréis siempre su madre,
y si os va bien el oficio,
no hay sino venir con ella;
sobra aquí vuestro marido
para atender al negocio,
y aun si tampoco es propicio
a dejaros, con cerrar
el mesón, en mi retiro
habrá lugar para todos.

LEON. Pluguiera a Dios, señor mío,
que aqueso fuera posible.
Al fin, desde que ha nacido
siempre estuvo con nosotros,
y ya que el Señor no quiso
concedernos descendencia,
nuestro paternal cariño,
cual si fuese nuestra sangre,
siempre le tendrá consigo.
¡Hija mía!...

DIEG. ¡Vamos, vamos!...
Es día de regocijo...

LEON. Para su merced, quizá,
que al cabo de los mil siglos
viene a encontrar un tesoro
que ya juzgaba perdido;
mas lo que es para nosotros...
¿Por qué, señor, al principio

no vinisteis a buscarla?
Aún entonces el cariño
no tenia las raíces
tan hondas, y me imagino
que no nos costara tanto
el verla partir.

DIEG. ¿No he dicho
que echéis, hermana, tras ella?

SEVI. Que calles, mujer, te digo;
que a la postre has de enojar
a su merced con tus hipos...

CONS. Otro cariño me queda
por acá, y aunque le dejo
porque no puedo llevarle,
guardaré siempre el recuerdo.

AVEN. ¿Otro cariño, dijiste?

CONS. No te arrebaten los celos,
que el amor que aquí me queda
es el amor a este pueblo
en que nací. Este mesón,
estas calles, este cielo,
dondequiera que me halle
siempre habré de estarles viendo.

DIEG. Vamos, hija, ¿tú también
vienes agora con duelos?

CONS. No es mucho, padre y señor,
si no he pisado otro suelo,
que imitando a aquel rey moro
de Granada, igual lamento
haga llorando al partirme,
exclamando: ¡Ay, mi Toledo!
Mañana será la última
en que me arrebate el sueño
el alegre campanillo
del vecino monasterio
del Carmen. Ya no tendré
más pláticas con la Argüello
sobre si atiende o descuida
el trato con los arrieros.
Ya el agua limpia del Tajo
no será líquido espejo

donde se mire mi cara
y venga a lavarse luego.
¿Qué mucho, señor, que gima
como el moro: "¡Ay, mi Toledo...!
Ya la virgen del Sagrario,
a la que adoro y venero
como buena toledana,
sólo con el pensamiento
podré mirar y adorarla,
pues que la tendré tan lejos.
¿Dónde admirar otro alcázar
como este Alcázar soberbio
donde el mayor rey del mundo
quiso gobernar sus reinos?
¿En dónde otra hermosa Vega...?
¿En dónde otro Miradero
en que tendiendo los ojos
sobre el río, eche a lo lejos
el alma sin que de aquí
pueda separar el cuerpo?
Pues si todas estas cosas
por dos amores las dejo,
no extrañéis que al alejarme
gima triste: ¡Ay, mi Toledo!

AVEN. Bien me placen esas lágrimas
que nacen del sentimiento,
pues corazón que así siente
será pródigo queriendo.
(*Salen la Argüello, la Carigorda, Barrabás, Torote, mozos y mozas del mesón.*)

TORO. Con la debida licencia,
si quieren darnos permiso,
los mozos de este mesón
queremos, a nuestro estilo,
festejar la buena suerte
de Constanza y Tomasillo,
aún más por enamorados
que porque hayan ascendido
en alas de la fortuna
a estrados de señorío.

DIEG. Y ¿qué es lo que habéis pensado?

CARI. Unas miajas de bullicio,
que es, señor, lo que requiere
la mocedad.
DIEG. Y yo digo
que no me parece mal.
CONS. ¿Cuándo ha de ser?...
BARRA. Ahora mismo.
Y tú, Tomás Pedro, tienes
(digo... usarcé, señor mío...),
la fuerza de la costumbre
no me consiente ser fino...
Como tenemos bregado
tanto juntos...
AVEN. Entre amigos
tú por tú...
BARRA. ¡Cuerpo de Dios,
que tienes razón...! Pues digo
que tú tienes de bailar
con esta perla.
(Por Constanza.)
AVEN. Declino
tal honra si ella no manda
otra cosa. Más vos sirvo
con ser músico del baile.
(Barrabás entrega a Avendaño la guitarra que lleva colgada en el brazo.)
BARRA. Pues en tus manos confío
el santísimo instrumento,
y venga ya el bailecillo.
AVEN. Conciértense las parejas
y hagan lo que yo les digo.
(Fórmanse dos parejas de baile compuestas por la Argüello, Barrabás, la Carigorda y Torote.)
AVEN. "Salga la hermosa Argüello,
moza una vez y no más,
y haciendo una reverencia
dé dos pasos hacia atrás.
De la mano le arrebate
el que llaman Barrabás,
andaluz, mozo de mulas,

canónigo de "El Compás",
de las dos mozas gallegas
que en esta posada están,
salga la más carigorda
en cuerpo y sin delantal.
Engarráfale Torote,
y todos cuatro a la par,
con mudanzas y meneos,
den principio a un contrapás."

BARRA. (*Deshaciendo el baile.*)
¡Déjanos de estos dibujos!,
porque son cosas que están
a mil leguas de nosotros
y lo haremos harto mal.
Toca "chaconas" o jácaras.

CARI. Tiene razón Barrabás.

TORO. Vengan si no unas manchegas,
que tienen pimienta y sal.

AVEN. ¿Y quién las baila?

TORO. Nosotros,
que somos de Quintanar.
(*Por una de las mozas a quien convida al baile. Bailan las seguidillas, que han de ser precisamente manchegas.*)

MOZA. (*Cantando.*)
"Aunque soy de la Mancha
no mancho a nadie;
más de cuatro quisieran
ser de mi sangre.
Seguidillas manchegas
son las que canto,
porque las de otra tierra
no valen tanto."
(*Se oyen dar las diez.*)

DIEG. Pues que las diez han sonado,
quede el baile en su lugar;
si alguna cosa quedara
mañana se acabará,
aunque recelo que aquesto
ha de dar mucho que hablar
y a los confines del Mundo

la Fama lo llevará.
CONS. (*Al público.*)
Ya tres siglos han corrido
desde que el autor sin par
de esta novela ejemplar
a la muerte se ha rendido;
mas no cayó en el olvido
ni el nombre llegó al ocaso
con este postrero paso,
que cada vez más se inflama
la lámpara de su fama
en la cumbre del Parnaso.
Si por mal el nombre un día
de Cervantes no escucharas,
ni sus obras no encontraras,
ni oyeras su apología,
bien puedes, ¡por vida mía!,
público señor y hermano,
tener por cierto y por llano,
ante cosa tan extraña,
que ya no existen ni España
ni el idioma castellano.

TELON

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señoría está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
5 *Madrigal*, por Gregiorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de Don Juan*, por J. I Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraord.º), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
10 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Buterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavin.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por S. Rusiñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extraord.º), por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extraordinario), por J. Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extraordinario), por J. Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extraord.º), por J. Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61 *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76 *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.
84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo tu amor. o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.
89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
93 *La neña*, por Federico Oliver.
94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97 *Doña Desdenes*, por M. Linares Rivas.
98 *Hamlet*, por Shakespeare, traducción de G. Martínez Sierra.
99 *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100 *La venganza de la Petra o donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.
101 *El doncel romántico*, por Luis F. Ardavín.
102 *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103 *Pimienta*, por José F. del Villar.
104 *Amanecer*, por Grego-

rio Martínez Sierra.

105 *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor,* por Felipe Sassone.

106 *El carro de la alegría,* por Alberto Valero Martín y Emilio Carrère.

107 *En cuerpo y alma,* por Manuel Linares Rivas.

108 *El huésped del Sevillano,* por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.

109 *Campo de armiño,* por Jacinto Benavente.

110 *Dios dirá,* por J. y S. Alvarez Quintero.

111 *La juerga,* por Federico Oliver.

112 *La novela de Rosario,* por Pedro Muñoz Seca.

113 *Juan de Mañara,* por Manuel y Antonio Machado.

114 *A martillazos,* por M. Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.

115 *El hijo de Polichinela,* por Jacinto Benavente.

116 *¡Calla, corazón!,* por Felipe Sassone.

117 *Mamá,* por G. Martínez Sierra.

118 *El astrólogo fingido,* por P. Calderón de la Barca.

119 *Las zarzas del camino,* por M. Linares Rivas.

120 *La niña de los sueños,* por José María Granada.

121 *La mariposa que voló sobre el mar* (extraord.º), por Jacinto Benavente.

122 *Flores y Blancaflor,* por Luis Fernández Ardavín.

123 *La virgen del infierno,* por Alfonso Vidal y Planas.

124 *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno,* por Carlos Arniches.

125 *Dale un beso a papá,* por Antonio Suárez.

126 *Solera fina,* por J. Abati y J. Fajardo.

127 *El coloso de arcilla,* por Luis Araquistain.

128. *Contra genio, corazón,* por Luis Uriarte.

129 *La Lola,* por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández (extraordinario).

130 *Paloma,* por Felipe Sassone.

131 *El doctor Frégoli,* por Erzcinoff, versión castellana de Azorín.

132 *Catalina María Márquez,* por Francisco de Viu.

133 *Un caballero español,* por L. Manzano y M. de Góngora (extraordinario).

134 *Los hijos de trapo,* por Emilio Méndez de la Torre.

135 *El caballero Lobo,* por Manuel Linares Rivas.

136 *La eterna invitada,* por J. I. L. de Tena y M. de la Cuesta.

137 *Brandy, mucho Brandy,* por Azorín.

138 *El juramento de la Primorosa,* por Pilar Millán Astray.

139 *La muerte del dragón,* por P. Muñoz Seca.

140 *La boda de Quinita Flores,* por S. y J. Alvarez Quintero.

141 *Contrabandista valiente,* por Joaquín Dicenta.

142 *No tengo nada que hacer,* por Felipe Sassone.

143 *Los marineros,* por E. Suárez de Deza.

144 *Aire de fuera,* por Linares Rivas.

145 *Sinrazón,* por Ignacio Sánchez Mejía.

146 *La protegida,* por Manuel Fontdevila.

147 *Maitena,* por Etienne Decrept.

148 *Old Spain,* por Azorín.

149 *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.

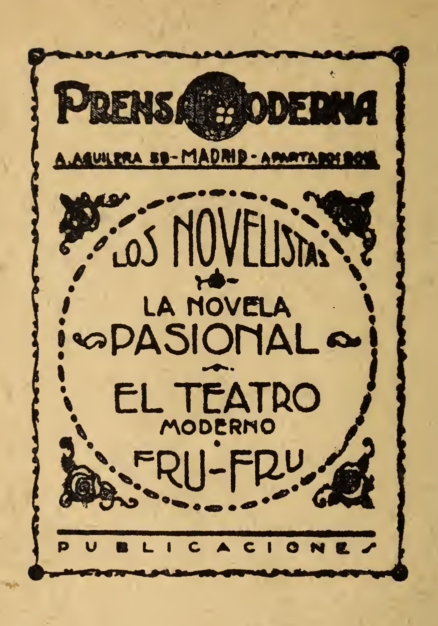
150 *La chica del Citroën,* por E. Suárez de Deza.

151 *Como Dios nos hizo,* por Manuel Linares Rivas.

152 *La vida sigue,* por Felipe Sassone.

153 *La tonta del bote,* por Pilar Millán Astray.

154 *Cabrita que tira al monte,* por S. y J. Alvarez Quintero.



Imp. Sáez Hermanos. Norte, 21.
Teléfono 16244. — Madrid.